

Para los latino-americanos

CARTAS DE ROMAIN ROLLAND Y VASCONCELOS

LA CARTA DE ROLLAND A VASCONCELOS

Villa Olga.—Villaneuve (Vaud). Suiza.
Miércoles, 9 de Enero de 1924.

Estimado señor Vasconcelos:



CABO de recibir el Boletín de la Secretaría de Educación Pública, que me fué enviado. Le doy a usted las gracias.

Me ha causado admiración el magnífico esfuerzo que se ha hecho, en estos últimos años, en Méjico, así como el despertar intelectual que en esa República se anuncia. De ese movimiento usted ha sido sin duda el «animador» inspirado y enérgico. Felicitémosle.

Hojeando este volumen — índice de trabajos fecundos y múltiples— al leer esas polémicas apasionadas que vuestro nombre suscita; al leer especialmente, vuestra carta del 28 de Mayo último, dirigida a la juventud de Colombia. (1) he sentido la importancia del papel histórico que para el porvenir de la América Latina y del resto del mundo está usted representando, pues hoy, en la humanidad todo se liga, todo se relaciona, todo debe ser *sinfonia*.

Francés de nacimiento (francés antiguo del centro de la Francia nivernesa) pero *Weltbürger* de espíritu libre de todas las cortapisas y de todos los prejuicios de religión y de nacionalidad, tratando de realizar en mí mismo la armonía de los varios pensamientos del género humano, aplaudo, no obstante, vuestro deseo de reunir en un sólo cuerpo los miembros dispersos de las razas ibero americanas.

Biógrafo de héroes: de Beethoven, de Miguel Angel y de Tolstoi (he visto que vuestra Secretaría de Educación Pública ha hecho la traducción y la edición de estas vidas) abrigo al igual que el amor de las grandes personalidades individuales el de las grandes personalidades colectivas. He sufrido a menudo de ver en América la humillación de las espléndidas razas latinas. Es preciso reanimarlas, erguirlas, no con un pensamiento de supremacía nacional o racial, pero con el amor de la humanidad entera. En el conjunto Pan humano, tienen una misión luminosa que cumplir y, hasta nuestros días, no la han realizado *por molicie y por violencia, por sensualismo disolvente, por orgullo personalista, por provincialismo nacional, por individualismo desenfrenado y, sobre todo, por rabia de destruir y de destruirse. ¿Me atreveré a decir (¡sí, puesto que las amo!) que han traicionado sus propios destinos?... ¡Que tengan de nuevo conciencia de ellos! El mundo necesita de su reacción vigorosa contra la raza anglo-sajonas, que tienden a do-*

(1) Véase esta famosa carta en el N.º 14 del REPERTORIO AMERICANO, tomo 6.

minar el universo. Los latinos de América y de Europa tienen, en menor grado que los anglo-sajones de Europa, (especialmente esta *élite* inglesa que ha conservado tan bien sus gloriosas tradiciones, su independencia de los tiempos heroicos) el sentido de la libertad política, pero, mucho más que los anglo-sajones, tienen los latinos la libertad de espíritu o, al menos, las posibilidades de esa independencia total de la inteligencia que nadie puede detener en la conquista de la verdad. Y, sobre todo, tienen el sentido viviente y apasionado de la belleza. Oponen a la moralidad estrecha de las razas anglo-sajonas el sano y completo desarrollo de todas las fuerzas de la vida.

¡Qué grises nos parecen hoy los siglos en que el sol de las razas latinas se oscureció! Hasta el vuelo prodigioso de las ciencias es, desde hace cien años como el vuelo de un águila en un cielo brumoso. Latinos, ¡devolvedle la luz!

Con un fraternal apretón de manos, suyo,

Romain Rolland.

LA RESPUESTA DEL MINISTRO VASCONCELOS

Méjico D. F., a 2 de Febrero de 1924.

Sr. Romain Rolland,

Villa Olga.
Suiza.

Muy querido Maestro:

Su carta de 9 de Enero me ha causado la más grata emoción. No me hubiera imaginado, aunque debí esperarlo de su generosidad, que usted se ocupara con tanto interés y simpatía de nuestros asuntos latino-americanos.

.....

.....

A la altura intelectual en que usted se encuentra nada significa el halago de la vanidad, por eso sólo con el fin de que usted comprenda la verdad de lo que antes afirmo, le llamo la atención sobre la enorme influencia que los escritos de usted ejercen entre nosotros, y le cito por ejemplo, el caso de la Circular N.º 3. — «Lo que debe leerse» — que dirigí hace tres años a los maestros mejicanos recomendando sus obras. También hemos procurado llenar nuestras bibliotecas con sus libros, sintiendo que de esa manera purificamos el ambiente y levantamos el nivel moral de la Nación. Si he de mencionar algo que es personal le diré que hace pocos años, en el largo período de tiempo que yo anduve perseguido y desterrado, calumniado y pobre, fué en su *Jean Christophe* donde muchas veces encontré aliento. Más tarde he seguido sus escritos como se sigue a un guía y a un maestro. Mis opiniones sobre la guerra mundial, se inspiraron casi siempre en sus juicios y muchas veces lo he acompañado en sus inquietudes sobre el destino del mundo; mi fe ha buscado la suya para renovarse y no pocas veces al sentirme destrozado por el triunfo insolente y continuo del mal y la injusticia, he

hallado refugio en su pensamiento; todo esto le explicará la importancia que doy a sus palabras actuales. Su aprobación de la idea, vieja entre nosotros, de reunir en un sólo haz los miembros dispersos de la raza ibero americana, la veo como una consagración de este ideal, puesto que la formula una de las almas más libres de la época, uno que está por encima de los prejuicios de raza y tiempo. No tema usted que traicionemos el verdadero internacionalismo al agruparnos para construir una gran fuerza. Queremos esa fuerza, justamente para garantizar la libertad de expresión de todos los tipos humanos dentro de géneros cada vez más altos. Queremos impedir que una raza, por alta que ella sea, imponga sus caracteres a las otras, pues creemos que la vida debe ser fecunda y múltiple, infinita y libre.

Y esta creencia concilia el ideal de integración con el más amplio objetivo de la verdadera hermandad de todos los hombres.

Haré pública su carta para que toda la América Latina conozca sus conceptos de la misión que nos compete, no de «supremacía racial», sino de amor de la humanidad entera y también para que medite en los defectos que nos impiden realizar esa misión: *«molicie y violencia, sensuulismo disolvente, orgullo personalista, provincialismo nacional, individualismo desenfrenado y sobre todo, rabia de destruir y de destruirse.»* Todo esto es la verdad misma, y nos hace usted un gran favor proclamándolo. Méjico necesita oír esta voz de admonición porque se encuentra azolado como de una calamidad intermitente. Necesita transformar la rabia de destruir en rabia de construcciones materiales y morales. Necesita construir un ideal. Somos una Nación atea, en el peor sentido del término, atea no tanto porque reniegue de dogmas, sino porque carece de ideales, porque cuando no nos burlamos del ideal, lo pisoteamos o lo desconocemos. Llámese justicia; llámese libertad; llámese amor, no hay nada sagrado entre nosotros. Quizá esto dependa, así lo creo yo a veces, no de ausencia de don religioso, sino de que estamos forjando con la raza nueva, un nuevo concepto de vida. De todas maneras, vivimos sin brújula entre las ambiciones más ruines y los apetitos más locos. Poseemos, afirma usted, el sentido viviente y apasionado de la belleza, y sin duda es allí donde debemos buscar el impulso de nuestra regeneración. Lo alcanzaremos si logramos asentar la moral, asentar la justicia, asentar la vida misma en el misterio de la belleza religiosa. Nuestras luchas civiles de los últimos años han pretendido asegurar una mejor distribución de las riquezas naturales; mejor remuneración del trabajo; dicha y cultura para todos. Pero todo esto es parte de una especie de visión confusa que busca la gloria por caminos que en cierto sentido no nos son propios. Claro que tal propósito se ve prostituido a cada instante por la incomprensión, la ineptitud y la maldad, pero el ideal va tomando forma y un día llegará al triunfo, si es que en este mundo tienen razón los que como usted creen que la vida contiene posibilidades superiores. A los que vivimos el conflicto nos parece a menudo que vamos a la dispersión y al caos. En cambio, usted que juzga desde la serena ventana de la contemplación, podrá señalar nuestras faltas y comentar nuestras acciones. Usted no comparte la ceguera europea de creer que

sólo allí puede el espíritu ensayar normas creadoras, por eso es usted capaz de adivinarnos, de comprendernos y de aconsejarnos.

Perdone usted que no le haya consultado antes de acordar la traducción de sus tres vidas: Tolstoi, Beethoven y Miguel Angel. Es porque hemos trabajado con un apresuramiento febril que no permitía espera, y en cambio, sabía intuitivamente, que contaba con usted y que usted se alegraría de nuestro éxito. Justamente hace pocos días llegó a mis manos su *Mahatma Gandhi*, que ahora usted ha tenido la bondad de enviarme. No sé qué decirle de los métodos del Gandhi, pero de todas maneras su ejemplo es admirable y a usted le agradezco que por comunicación subconsciente sepa adivinar las necesidades espirituales de sus discípulos. Solitario por temperamento, solitario aun en medio de la sociedad, constantemente llamo en mi auxilio a las «almas de todos los tiempos y de todas las naciones, que sufrieron, lucharon y vencieron o vencerán», las mismas a quienes usted dedica la Alborada de *Jean Christophe*. Por eso, cuando usted, que es una de esas almas, después de socorrerme tantas veces sin saberlo, ahora me tiende los brazos, no puedo menos que enviarle en respuesta toda mi gratitud acumulada y toda mi fuerza que le jura alianza en la causa sagrada de la liberación de los hombres.

JOSÉ VASCONCELOS.

(Del REPERTORIO AMERICANO.—San José, Costa Rica).